

guión

El inconsciente en sentido general es todo aquello que está fuera del ámbito de la conciencia. En psicología designa la zona psíquica más profunda, que se opone a la conciencia y de una u otra manera provoca su actividad, aunque este influjo no sea advertido. Es una palabra un tanto ambigua, que lo mismo podría referirse a la infra-consciente que a lo supra-consciente. Lo mismo que el espectro luminoso limita por un lado con el infrarrojo y por el otro con el ultravioleta, así lo que aflora a la conciencia sería una pequeña parte intermedia de los fenómenos psíquicos.

Hay que distinguir entre ese sentido más amplio que puede tener la palabra "inconsciente" y otros sentidos más particulares, determinados por una u otra filosofía o psicología. Cada una de éstas atribuirá al inconsciente sus propios puntos de vista. Así por ejemplo se puede hablar del inconsciente en Platón, en Plotino, en san Agustín, en Leibniz, etc. Pero es sobre todo en la psicología donde este concepto es utilizado preferentemente en nuestros días.

Con esto queremos llamar la atención de una delimitación que hay que tener en cuenta desde el comienzo. Si la psicología se encierra por principio en los límites de la subjetividad, si solamente quiere dar cuenta de la conexión entre unos fenómenos psíquicos y otros, no se le puede pedir que afirme ni tampoco se puede pensar que niegue lo que pretende ser trans-subjetivo. En esto se diferenciará la consideración psicológica del inconsciente y la fe. Porque la fe es ciertamente también un fenómeno psíquico, pero pretende ser algo más. Afirma que alguien le viene al encuentro a uno, se le revela. Está toda ella vertida hacia ese otro, distinto de la propia subjetividad. La fe no puede agotarse en un análisis psíquico de sí misma; es un "éxodo" que le saca a uno de sí, un "perder su psique", según la frase evangélica. Cosa bien distinta es "analizar su psique", ver qué es lo que hay debajo de las apariencias respetables que presentamos a los demás y a nosotros mismos. Esto puede ser muy saludable y muy necesario, pero no se enfrenta con lo decisivo de la fe. La psicología no cree, lo mismo que no cree la física, la geografía o cualquier otra ciencia que metodológicamente limite su objeto a lo mundano. Y por la misma razón que no cree tampoco puede negar la fe; simplemente pone entre paréntesis la verdad de la fe, porque no es de su competencia. La distinción metodológica es clara, pero hay que reconocer que no siempre los psicólogos la han tenido en cuenta; a veces la fe o la increencia del hombre se ha mezclado con la ciencia del psicólogo.

Se debe evitar un doble integrismo: el de la fe y el de la psicología. El integrismo de la fe piensa que ésta puede dictar soluciones en todos

los campos. Es bien conocida en España la aplicación de este integrismo a la política, pero su tendencia pretende abarcar todas las ciencias y toda la praxis. En nuestro caso dictaría a la psicología lo que tiene que pensar. Pero también puede haber otro integrismo paralelo y semejante a éste: el de la psicología. Consistiría, como aquél, en no reconocer los límites de la propia ciencia, en invadir campos ajenos y querer decir la última palabra sobre todo, también sobre la fe. Ambos integrismos viven del mito del saber absoluto. Ha pasado el tiempo de una teología despótica, que todo lo dictaminaba, si la Tierra se movía o estaba quieta, si las especies evolucionaban o no. Pero igualmente debemos rechazar el despotismo de cualquier otra ciencia.

Fe e inconsciente (en cuanto éste pertenece a la psicología) tienen delimitados sus campos. Pero todo lo dicho vale de la fe pura. Ahora bien ¿quién puede pretender que su fe no tenga impurezas? Los creyentes (por ejemplo, san Juan de la Cruz) han hablado de un arduo camino de purificación de la fe, pasando por las oscuridades más tenebrosas. En la fe impura, que es la fe concreta, entrarán motivaciones inconscientes, quizás inconfesables. El inconsciente importa a la fe que quiere purificarse, que no quiere ser encubridora, que cree que Cristo ha venido para que salgan a la luz los pensamientos ocultos (cf. Lc 2, 35).

La fe y el análisis del inconsciente coinciden en no contentarse con una conciencia superficial. En el lenguaje bíblico el "corazón" designa esa profundidad oculta, de donde tiene que proceder la verdadera rectitud. El evangelio enseña a desconfiar de las apariencias, lo cual puede valer también de la misma conciencia en cuanto que reprime o enmascara las verdaderas intenciones. La fe sometida a esta crítica puede salir purificada de esos deseos e impulsos vergonzantes, que no se atreven a presentarse en público, que sólo salen de noche, en los sueños, o cuando el control de la conciencia se afloja.

Respetando la mutua autonomía y procurando al mismo tiempo la aproximación creemos que ambos puntos de vista, el de la fe y el psicológico, pueden beneficiarse.